

El rincón misionero

por Ana G^a-Castellano



A media mañana del sábado, el gran salón multiusos del albergue de la parroquia resplandecía con guirnaldas y un gran cartel: "Bienvenidos a la fiesta de Inauguración del Albergue".

¡Aquí está la mesa! Gritó Francis, que venía cargando un gran tablero ayudado de Mama Fina, su mujer. Tras ellos, sus siete pequeños que enseguida ayudaron a poner los manteles de flores. Poco a poco fueron viniendo los niños de la parroquia Santa Maravillas de Jesús, desde Timbabé y Riokopuá.

Antes de la comida, el padre Alberto dio la bienvenida:

- ¡Bienvenidos todos! Hoy queremos inaugurar este albergue, donde realizaremos campamentos de verano. Tendréis talleres de reciclaje, de informática, de dibujo, teatro... y también clases de compensación, para los que tenéis dificultades en la escuela. Y además, tengo una sorpresa: Acaba de llegar Alejandra. Es la representante del voluntariado en Madrid. Este verano vendrán con ella un grupo de voluntarios, que quieren compartir con nosotros sus vacaciones y dar los talleres.

- ¡Yo os daré los talleres de reciclaje, para aprovechar los desechos plásticos que son tan peligrosos para las tortugas! -dijo Laura.

- Y yo los de cocina - se oyó la voz de Mamá Esther, que llegaba con una gran cacerola. - Ahora... ¡A comer! - ordenó posando la cacerola sobre el mantel.

Todos corrieron hacia la mesa. ¡Pepesup! ¡Pollo con cacahuets! ¡Yuca frita!

- Primero, damos gracias y bendecimos- sonrió el Padre Alberto.

Por la tarde, Laura, Víctor y Catalina montan el teatrillo de títeres: "La Pequeña Tortuga Bioko busca a sus papás". Laura cosió las marionetas con telas viejas.

-¿Habéis visto a nuestra pequeña Bioko? - pregunta Mamá Tortuga al público.

- ¡Noooo! Gritan los niños entusiasmados.

- Ayer salió del huevo y no la hemos vuelto a ver ¡Ooooh! Seguro que la ha comido una lechuza... - dice Mamá Tortuga.

- ¡O peor aún: igual la han atrapado los cazadores de tortugas!

Víctor asoma su guante gris: - ¡Yo soy la gaviota Clota! ¡Tengo que acompañar a Bioko hasta su casa!

- Bieeen –gritan los niños.

Catalina asoma al final su pequeño guanto verde: -¡Mamá, papá! Soy Bioko. Clota me ayudó a regresar a casa.

- ¡Bravo, bravo! – aplaude Boni, el pequeño de Francis, abrazando a su mamá.

- Chicos, hay chocolate para merendar. Anuncia Alejandra.

- ¡Chocolate! - se asombra el Padre Alberto - Aquí no solemos comer chocolate, ya ves, y esta isla siempre ha sido productora de cacao.

- ¡Yo trabajé en el campo de cacao! – dice el viejo Venancio.

- Cuéntanos, abuelo Venancio. ¡Sí, cuéntanos!

En ese momento: ¡Zas! Un corte de luz. ¡el generador se ha quedado sin gasolina! - ¡Ooooh!- Se lamentan los niños. Nos quedaremos sin historias.

- No - dice el Padre Alberto. Saldremos al patio de la parroquia y encenderemos un gran fuego.

- ¡Como hacíamos en la plantación de cacao! – sonríe Venancio.

En torno a la hoguera, los niños lo rodean y lo bombardean a preguntas: ¿Era grande la plantación?¿Cómo cortabais el cacao?

- Con machetes. Mirad, por eso me falta un pedazo en este dedo. Es muy peligroso, hay que usar machetes grandes.

-¿Y cargabais sacos, como nosotros?

- Sí, sacos que eran más grandes que nosotros mismos... Desgranábamos el cacao y después lo dejábamos secar en enormes balsas de cemento. Había que remover constantemente los granos, para que no se pudrieran...

- Abuelo Venancio, ¿Por qué ahora no se hace aquí el chocolate?

- Porque ahora se vende a las fábricas de Europa. Ellos imponen los precios.

Alejandra de pronto dice: - ¿Y no sería posible poner en marcha aquí una fábrica artesana? El abuelo Venancio conoce muy bien todo el proceso.

Pero hace falta crear toda la planta de fabricación, distribuir...

- Mi novio Fabián está terminando Ingeniería – dice Laura.

- Habría que buscar quién nos dejase un préstamo... - se anima el P. Alberto.

- Y lo venderíamos en tiendas de Comercio Justo – le apoya Alejandra.

De pronto, los niños gritan: ¡La tortuga Bioko! Una pequeña tortuga aparece cerca del fuego. Es la tortuga herida que Francis trajo esta mañana.

¡Bioko! Todos ríen. La tortuga se llamará Bioko, como esta preciosa isla donde vivimos. La tortuguita mueve su aleta herida, como si quisiera aplaudir por haber encontrado su casa al fin. La hoguera se va agotando mientras el viejo Venancio cuenta las historias de la vieja plantación.

